

LOS CHINITOS BOGOTANOS CONTRA LOS MUÑECOS DE LA CHINA

Por María Alejandra Panesso Quintero

Don Luis, el diligente mensajero de la cuadra, espera el primer mandado del día junto a la pared donde se deja ver en pintura roja el letrero de "Clínica de muñecos Casas Reyes". Sus manos sostienen *La partida*, un libro de Miguel Delibes, mientras disimuladamente sus ojos descubren la palabra en reposo: La partida. A su lado, sobre el pavimento le espera un pedazo de pan mordido junto a un vaso plástico de chocolate caliente que compró en la cafetería de enfrente. *"Pues claro, cómo no acordarme de la fábrica, uno pasaba y veía esos muñecos exhibidos tan bonitos"*.

"En diciembre eso era lleno de gente porque había cualquier cantidad de muñecos: que yo quiero este, que mejor el otro, uno iba y escogía el que más le gustaba. Eran baratos, como a 600 pesos cada uno, yo iba con mi mamá a comprarle la muñeca de navidad a mi hermana, y era muy bueno porque si se dañaba usted iba allá y se la arreglaban, si se le había caído el pelo entonces le cambiaban la cabeza y ya, uno se la llevaba de nuevo para la casa el mismo día", dice Don Luis con nostalgia y añade: *"Yo creo que eso se empezó a acabar cuando llegaron las Barbies, porque entonces las niñas sólo querían jugar con Barbies que caminan, que hablan, y las muñecas grandes ya no les gustaban tanto; si les regalaban una la cogían y la llevaban arrastrando"*.

I. La fábrica

Estaba la pájara pinta sentada en un verde limón...

Cantaba *Michella*, la primera muñeca mecánica que salió de la Fábrica Nacional de Muñecos y la primera muñeca de disco que se hizo en Colombia. Para el año 1969 *Michella*, la de los cabellos de oro, ojos claros, diminutos labios rojos y mejillas ligeramente sonrojadas, vestía un

Talleres de crónicas barriales

mameluco rojo de tiras con hebillas plateadas, busito manga larga amarillo, medias de colegial y zapatitos negros de charol. Con la ref.: 601, la muñeca de 37 cm. en plasticol ya se encontraba en el mercado.

Por estos días la fábrica contaba con 29 años de experiencia, desde 1940, cuando dio sus primeros pasos una gran industria nacional. Fueron los ahorros de María, la madre de Jorge Bernal y Segundo Bernal, el primer capital, el maíz que alimentaría a la gallina de los huevos de oro. De la familia Domínguez, cubano-españoles que produjeron los primeros muñecos de yeso en Colombia aprendieron la técnica. Don Segundo se casó con Mélida Domínguez.

A los veinte años y después de prestar el servicio en la marina, Jorge Humberto Bernal sería el primer y único gerente de la Fabrica Nacional de Muñecos, y su hermano, Guillermo Segundo Bernal quedó a cargo de la producción, cuando en la carrera séptima con 5a empollaron el primer huevo. Junto a la creación de esta nueva fábrica también creció Plastiflex, la fábrica de Felipe Domínguez, y Bartoplás de Medellín, que cumplieron también su papel en la fabricación y producción de muñecos en Colombia.

Las primeras muñecas eran de yeso; su cuerpecito blanco se colgaba en un alambre a la espera de que, una vez seco, fuera pintado. De esta forma se dio vida a un gran cantidad de pequeños amigos que se vendieron en el *Tía* y el *Ley*, los únicos almacenes de cadena de la época. San Victorino era la gran plaza y allí vendieron su primera docena de muñecos en un material que llamaban el irrompible, mezcla de yeso con aserrín. Irrompible, aunque durante su transporte los pequeños cuerpos se averiaran.

Los muñecos de la fábrica también fueron los protagonistas en todas las casetas metálicas, que por épocas de la novena de navidad vendían y comercializaban muñecos, por la 19, desde la carrera 7 hasta la 13, feria del juguete a la que acudían colombianos de toda clase social y extranjeros visitantes. Una cabeza partida en dos se unía para sonreír, y un cuerpo plástico con cuatro protuberancias se rellenaba con aserrín, como

Talleres de crónicas barriales

ordeñando una vaca, hasta que se conseguía la figura esperada, el *Bobby*, uno de los muñecos que se vendió en grandes cantidades.

...con el pico cortaba la rama, con la rama cortaba la flor...

De pulir el yeso sólo se veían rostros blancos produciendo, pero el ruido de la primera máquina rotativa de la fábrica llegó con toda su fuerza a producir el plastisol, la nueva materia prima que se trabajaría, y que revolucionaría la forma de hacer muñecos en Colombia. En la sucursal de la carrera séptima con séptima sur tres máquinas inyectoras y una rotativa ya no daban abasto. El nuevo número sería entonces 55-01 por toda la avenida de las Américas, allí se construyó la gran fábrica donde se produjeron más de 200 referencias de muñecos, que le darían a esta un auge de por lo menos 30 años.

Cada año viajaba Jorge Bernal a las ferias internacionales de muñecos, de cada viaje una nueva idea, un nuevo muñeco, una nueva máquina, nueva materia prima hasta conseguir lo que se esperaba: liderar por el hecho de producir desde un brazo hasta un ojo y no tener inconvenientes con importaciones que en ocasiones no llegaban. Ya los filamentos de polipropileno tenían la compañía de la máquina que los cosería a la cabeza de un nuevo muñeco y en moldes de acero el polietileno alto impacto, permitiría ver a un muñeco de ojos azules con pupila de cristal.

En la fábrica se seguían las tendencias mundiales. Traer en los viajes muñecos para hacer en Colombia era indispensable, se compraba y se traía; pero hubo uno que no vendieron, que guardaba con recelo una amiga de Jorge Bernal y que gracias a un momento de descuido, pudo volar a Bogotá, rumbo al corazón de la niñez colombiana. Era *Ricardito*, uno de los muñecos de mayor auge, que obtuvo su nombre en honor a uno de los diez hijos de Jorge Bernal con su esposa —quien empezó como secretaria de la empresa— porque como dijo un amigo de la familia: *"Cada vez que tenían un hijo sacaban un nuevo muñeco"*.

Talleres de crónicas barriales

El pelo rubio tocaba levemente sus cejas pintadas, eran sus ojos azules más enternecedores que las mejillas rosadas y la boquita de labios rojos que intentaba dar un beso. Como caído del cielo *Angelino*, el bebé de las inexpertas mamás de 8 años, fue el nombre que tocaría el corazón de los padres colombianos. Son inolvidables esos 24 de diciembre en que la gente hacía filas interminables para comprar un *Angelino*. Fue casi un símbolo patrio de la empresa, le permitió crecer y producir muñecos hasta el final. Todos tenían cabida en la fábrica; los estilos eran internacionales, pero eso no fue impedimento para crear algunos con un toque muy nacional, como los campesinitos colombianos de 8,5 centímetros de estatura que sobre su tez oscura lucían el traje del altiplano cundí boyacense con alpargatas, sobre la base plástica que los sostenía.

Se aceptaban muñecos de cualquier nacionalidad y raza, vendían la parejita de gemelos (uno blanco y otro negro), y hasta el *Ricardo* y la *Luisa*, en 1991, fueron negritos, no se vendían igual que los monos de ojos azules, pero hubo lugar para la diversidad.

“Pague dos y lleve tres”, promocionaban en la radio y la prensa para vender las que se conocían como “Promociones maravilla”, una línea de la fábrica de muñecos de igual calidad a un mejor precio, era la línea que se comercializaba en la Feria del Muñeco y la más utilizada para las ventas por correo.

No tenían sede en otro lugar del país pero, así el pedido demorara más de veinte días, llegaban a la Guajira y al Amazonas, porque todos necesitaban un regalo debajo del árbol de navidad. Antes de la temporada unos comerciantes pastusos, con el cuerpo un poco deforme de cargar la plata entre la pretina del pantalón, viajaban con un montón de muñecos sobre un cargamento de sal desde Bogotá hasta Ipiales, colaborando con la causa de no dejar sin muñeco ni a un niño colombiano.

...dame una mano dame la otra, dame un besito sobre mi boca.

Talleres de crónicas barriales

“En esa época el ambiente era muy familiar, si había que madrugar la gente madrugaba sin rogar, si había que quedarse pues se quedaba uno, pero con amor, con amor de trabajo, todo el mundo quería a la empresa”. Así lo recuerda Rafael Tenjo, para quien la fábrica se convirtió en su universidad. La fábrica le trajo alegría a la familia Bernal, era la escuela de cada nuevo miembro, allí cursaban jardín, primaria y bachillerato en medio de máquinas. Así, Elkín, uno de los sobrinos de don Jorge Bernal, trabajaba desde los cinco años pasando muñecas de un lado a otro, para que su hermano las empacara.

Los niños no acostumbraban a vestir muñecas, pero Arturo Bernal, hijo de don Jorge, lo hizo cuando pequeño en una línea de ensamble; de vacaciones en vacaciones todos en la familia, especialmente los hombres, aprendieron el manejo de las máquinas y con el paso del tiempo se graduaron en la administración de la fábrica. En temporada, la fábrica manejaba por lo menos 700 empleados entre indirectos y directos. Era una fábrica de tal magnitud que la mano de obra no sobraba.

En diciembre la lechona nunca faltaba; una ancheta y la rifa del televisor y del equipo de sonido eran lo más esperado. A las oficinas de la fábrica llegaban cantidad de cartas solicitando una donación, costumbre sagrada para Jorge Bernal, quien hacía pelotas y muñecos especialmente para varias entidades religiosas; era su regalo de navidad para Colombia.

“Fabricar muñecos es como un apostolado”, dice Arturo Bernal, apostolado que su padre asumió desde el día en que decidió ser parte de la industria juguetera en Colombia. Desde muy temprano Jorge Bernal acudía a la fábrica y alistaba la producción y las líneas de ensamble. Sobre su piel aún quedan marcas de la personalidad activa, emprendedora y responsable con la que tejió una gran industria nacional que despertó la imaginación, el amor y el juego de todo el que en sus manos arrulló a *Bebé llorón*, *Linda*, *Pelusín* o quien siguió el ritmo de la bailarina de rock. Porque aquellas eran las épocas en que una persona de bajos recursos podía jugar con un buen muñeco; para 1965 el *Ricardito* costaba aproximadamente 42.50 pesos.

II. LA CLÍNICA

Tengo una muñeca vestida de azul...

Alguna frazada cubría en la noche el cuerpo de una muñeca Alemana, muy temprano en la mañana la dulzura de una niña revisaba que la temperatura de su muñeca fuera la adecuada, si su piernita estaba fría, su manito sin piedad daba una palmada. Aquella niña era Dilia Reyes, a quien la pasión y el amor por los muñecos la atraparón desde muy temprana edad. Sus muñecas eran las más lindas, las finas e importadas.

Entre máquinas de coser, hilos, encajes y telas de todos los colores, se la pasaba Dilia. Su pasión: confección y diseño de vestidos para sus amigos los muñecos. Dilia siempre fue amante de estos pequeños personajes: los peinaba, los consentía y arreglaba, por eso la noticia de que los hermanos Bernal (sus compadres) montarían una fábrica, le cayó de perlas.

Ahora Dilia podía trabajar haciendo lo que más le gustaba. Al principio, en el taller de costura que funcionaba en el barrio Pablo Sexto, fabricaba y diseñaba los delicados trajes que vestirían aquellos primeros muñecos "irrompibles"; sin embargo la Fábrica Nacional de Muñecos creció, creció y creció, de una manera inimaginada. A su taller de costura llegaban bolsas llenas de trozos de tela a los que ella, en compañía de su máquina, convertiría en el overol rojo de *Toñito*, el elegante vestido de un muñeco de 34 cm., la colección primavera-verano, sport, invierno-otoño, viaje y bata que lucía la coqueta *Patty* o en el traje que luciría *Lolita*, la primera muñeca que caminaba manualmente y que todavía se conserva como herencia familiar.

"Recuerdo su mirar mientras hacía los patrones de los vestidos y hablaba con sus momentáneos amigos los muñecos." Escribe su hijo Luís Hernando Casas, quien creció en medio de vestidos, costuras y muñecos, al igual que sus hermanas Gladis y Mercedes Casas, quienes desde una corta edad se convirtieron en fieles ayudantes de producción: se encargaban de separar los vestidos por tallas y colores, ponían broches, ponían moñitos, hacían los

Talleres de crónicas barriales

dobladillos y demás ademanes del oficio. Para la familia Casas Reyes los muñecos eran su razón de ser.

...zapatitos blancos delantal de tul...

Una perla blanca se adhiere en medio de una telita en forma de flor. La flor adorna el calzado que no supera los diez centímetros de longitud y que, junto a unos botines blancos y unas mafalditas negras de charol, con perla dorada, espera satisfacer los gustos de los visitantes. \$29.000 par de medias y zapatos, informa un cartón al final de la vitrina Colecciones para toda temporada. Se encuentran allí esperando ser lucidos por un bello cuerpo de plástico.

Sin embargo, esta no es sólo una boutique como se informa a la entrada, encima de la puerta en la que a pesar del paso de los años se ve la figura de un oso de peluche con el brazo enyesado. En la esquina de la carrera 11 con calle 71 funciona la Clínica de muñecos Casas Reyes.

“¡Ay no, no, míremele, hágamele!, y entonces ahí fue la misma gente la que nos presionó para que pusiéramos un sitio donde atender...”, cuenta Gladis Casas. Al principio los arreglos eran favores para allegados y amigos, y era un gusto alegrar la vida de una persona cuando su pequeño amigo regresaba a sus manos como nuevo.

Pero los Casas Reyes tenían un *feeling* especial con los muñecos que nadie podía negar; de repente el amigo del amigo del amigo se conseguía la dirección o el teléfono y allá llegaba en busca de ayuda y colaboración. Su hermano Luís le cacharreaba a los cablecitos y listo, *Bambina* volvía a caminar.

Para la temporada de diciembre, la Fábrica Nacional de Muñecos tenía un almacén de ventas al detal que empezaba a funcionar los primeros días de noviembre y cerraba a principios de enero. Allí trabajaron Gladis y Mercedes

Talleres de crónicas barriales

Casas, junto con familiares y amigos de los Bernal, era un grupo de estudiantes que buscaban trabajo en vacaciones.

Luís Hernando Casas trabajaba como jefe de producción en la fábrica, mientras que en la noche adelantaba sus estudios de administración de empresas. Ya tenían lo necesario: la entrega y dedicación para con los muñecos que heredaron de su madre y su experiencia en la fábrica, en la que también trabajó don José Vicente Casas, su padre. El destino los llevó irremediablemente y sin ningún semestre de medicina a convertirse en enfermeras y doctores de la clínica familiar. *“Así empezó la clínica, nosotros empezamos a organizarla, me salí de donde estaba trabajando y mi hermano también. Eso fue como en el 79”.*

...La lleve a la calle y se me constipó, la tengo en cama con mucho dolor...

Un *Ricardito* con su traje de marinero espera en la vitrina un nuevo dueño, en el compartimiento de al lado una pequeña bebé abraza su conejito de peluche, más abajo una muñeca negra de vestido quinceañero, blanco, sonríe esperando ser adoptada antes que la pantera rosa vestida de bailarina que también duerme a la espera de un nuevo hogar.

La puerta de medicina interna está cerrada para los visitantes al igual que la de patología, pero una pequeña camilla con sábana blanca y una bolsa de suero está siempre dispuesta a atender cualquier emergencia.

Internándose por un corredor y subiendo aproximadamente 20 escalones, hay un mundo dominado por el juego: en cada pared está el cuadro de algún paciente que estuvo de paso por la clínica, una pequeña niña con traje de medicina sonríe al visitante mientras desde otro cuadro don Vicente, el padre de los hermanos casas, realiza una dispendiosa cirugía a corazón abierto.

Talleres de crónicas barriales

En la sala de cirugía, con paso permitido sólo al personal autorizado, está la mesa de corte para la confección de vestidos que hasta abril de este año confeccionó doña Dilia, y ahora es utilizada por Mercedes Casas, heredera de su tradición. Pegante “Magna tac 809”, agujas, hilos y mucha paciencia combinada con una pizca de amor y gólicas de alegría, son requisitos indispensables para quienes laboran en la clínica, como Amparo, quien dejó su labor de odontóloga hace algunos meses para curar no sólo la caries, sino también los brazos y otras partes del cuerpo de los pacientes de la Clínica. Bolsas plásticas cubren a los pacientes en lista de espera que ocupan las estanterías mientras esperan, urgentemente, la atención médica.

...en la mañanita me dijo el doctor, que le de jarabe con un tenedor...

Los muñecos mueven sentimientos que se fracturan cuando, por el paso del tiempo, una muñeca ya no llora o no camina. Por eso en la clínica se atiende la enfermedad del muñeco y se escucha la historia de su dueño para que, al final, el pequeño compañero de alegrías vuelva hasta con champú y *blower* a seguir ocupando su lugar sobre la cama o el armario. Todos los muñecos son especiales y por eso necesitan atención especializada, de acuerdo con las necesidades de su dueño. En la orden de hospitalización se especifica qué tan rosados se quieren los cachetes o de qué color se desea el nuevo vestido.

—“En esto de trabajar con los muñecos hay una relación muy afín con los sentimientos; no es lo mismo que trabajar en una fábrica de pollos o en una fábrica de carros”—expresa Gladis. “Si uno no siente feeling con los muñecos, esto no es para uno”.

En la familia se ha mantenido la relación con los muñecos desde las épocas de Doña Dilia y Don Vicente. Luís, después de participar activamente en la consolidación de la fábrica como industria nacional, ahora cumple la labor de doctor en una clínica de muñecos en Nueva York. Su hermana mayor

Talleres de crónicas barriales

también trabaja con muñecos, Gladis y Mercedes mantienen la clínica en pie con la colaboración de un sobrino y un ahijado, los únicos de la última generación que aún conservan la tradición. Su otro hermano, Julio César, dirige el arreglo de porcelanas en Medellín. *"Esto de los muñecos es como de familia, es que si no es de familia no funciona"*, concluye Gladis.

* * *

- ***Lava esa ropita.***

- ***Yo ya la lavé.***

- ***Lávala de vuelta.***

- ***Yo ya me cansé.***

Para 1996 en la fábrica se produjeron *La Chinita* y *El Chinito*, versiones simpáticas de los niños de la calle; la chinita con su carita sucia pica el ojo, abre su boquita como diciendo: "mona regáleme una monedita", y muestra sus prematuros dientes frontales, con su pelo, una peluca de nylon peinable, atado con el retazo de una tela amarilla.

Mientras tanto *Chinito*, con la cara igual de sucia, saca la lengua estrenando un parche a cuadros rojos en su overol. Seguramente fue sin intención, pero esta condición social se iría acentuando con el paso de los años en los muñecos colombianos porque de la protección que en un tiempo existió para la industria nacional ya no queda un rastro. Las mercancías chinas entraron y ocuparon el mercado, los muñecos chinos desplazaron a Chinita y Chinito cuando la fábrica se enfrentó a la importación de muñecos más baratos con los que es muy difícil competir, a pesar de las grandes innovaciones técnicas que desde 1984 llegaron a la fábrica, y sin importar que para 1993 se implementaran chips electrónicos en sus muñecos.

Ya para su aniversario 56, la crisis se estaba empezando a sentir, no se produjeron más muñecas, ya sólo se buscaba acabar con algunas referencias. Una bomba de gasolina ocupa el lugar de la fábrica hoy y a sus espaldas unas bodegas todavía guardan a algunos integrantes del parche de muñecos de la fábrica.

Talleres de crónicas barriales

A finales de 2007 no se ven más el carrusel, los columpios, la rueda volante y el sube y baja donde los muñecos jugaban rodeados de luces de colores a las afueras de la fábrica, dando la bienvenida a la Navidad.

Interamericana de plásticos ha logrado mantenerse después de la liquidación de la fábrica, aquí se producen tubos de PVC y de vez en cuando, y sólo por capricho, algunos muñecos plásticos promocionales o las alcancías de Colmena. En los almacenes de cadena el muñeco importado es el que manda. Los muñequeros nacionales fueron arrinconados a un mercado más popular, enfrentándose a la dura guerra de precios; ya ni se habla de calidad.

Algunos hijos y familiares de Jorge Bernal tienen sus pequeñas fábricas de muñecos, fue lo que aprendieron a hacer. Y, de recordar la satisfacción que producía alegrar a un niño con un muñeco, todavía se piensa en la posibilidad de volver a producirlos. Pero, al aparecer, sólo es una esperanza porque hacer muñecos o juguetes ya no es negocio. Tubos de PVC y la producción de envases son el negocio que permite medio mantenerse; muy pocos tienen la posibilidad económica de competir con la mercancía extranjera.

La universidad familiar se acabó, ahora los nietos estudian y se dedican a lo suyo, no más trabajo en vacaciones poniendo vestidos, inyectando pelotas; no hay más interés por trabajar en función de un muñeco. Se esfumó por las rendijas de la modernidad hacer vestidos, arreglar muñecos, jugar al enfermero. Y, aunque fabricar muñecos sea algo más tecnificado y repararlos una cuestión más artesanal, como lo expresa Gladis Casas, lo importante es que mantienen vivas las ilusiones y recuerdos de la infancia. Como *Rufo*, un pequeño perrito blanco de ojos azules, con una orejita parada, que en la sala de recuperación de la Clínica le recuerda a Gladis los días de infancia en los que su padrino Don Segundo Bernal se lo regaló.

¿Dónde está la máquina rotativa donde se ponían cabezas y ojos, por donde pasaba la "arraigadota" para introducir en las cabezas filamentos de nylon y dejar la cabellera lista para la sección de decorado? ¿Qué hay hoy en el

Talleres de crónicas barriales

lugar donde se hacía el corte adecuado, el peinando de trenzas o los coquetos arlequines que peinaban las niñas? ¿Qué reemplazó a los pinceles, plantillas y pinturas que le daban el color rojo a los labios y la forma a angelical a las cejas?

En el mezclador se introduce hoy la resina de PVC a la que, con una temperatura y viscosidad adecuadas, se añaden materiales como cera, carbonato y plastificante. Una tolda metálica recibe la materia prima, para transportarla por medio de un desagüe a la camisa de la extrusora, donde dos tornillos dan forma y conducen el material plastificado al cabezal. ¿El resultado? Un diámetro de 3" que pasará por un tabulador y una cámara de vacío para perfeccionar la forma y le darle los últimos retoques a los tubos, juguetes de hombres de la construcción. El salador cogerá el tubo y lo jalará una longitud adecuada, para que, ponchado el micro, la sierra baje y corte, y el tubo verde esté por fin listo para la venta.

- ***Corta esa ropita.***
- ***Yo ya la corté.***
- ***Córtala de vuelta.***
- ***Yo ya me piqué.***